POR LA ESCUADRA



José Martí Gómez

El espíritu del rugby

Cerveza, pasión, humo de tabaco, whisky, gente sentada en la mesa si llegó una hora antes, en el suelo si llegó cuando faltaba media hora, de pie si llegó al filo de las nueve.

Daban por televisión el Francia-Inglaterra, semifinal del mundial de rugby. Algún día habrá que escribir sobre cómo los pubs abren Barcelona a deportes que seguíamos poco y cómo en esos pubs hay un ramalazo de contestación que quizá deberían adoptar los que van a los campos de fútbol y ven la tribuna llena de políticos: la aparición de la imagen de Sarkozy fue acogida con una bronca. Joan de Sagarra dejó su Jameson y habano para imprecarle mejor levantando su dedo índice en inequívoco gesto de "vete a tomar por culo y no utilices el rugby para darte un baño de imagen". No estuvo solo en la imprecación. Vi muchos dedos levantados, incluso de mujeres. Quizá también lo levantó la rubia ya madura pero espectacular con su escotado vestido negro y su metro ochenta de estatura que se sentaba a mi espalda.

Yo estaba allí porque le había dicho a Sagarra que quería seguir el partido con él. Me llevó al pub presidido por un retrato de Michael Collins. Más que héroe irlandés parece un oficial del ejército Rojo en versión cinematográfica de *Doctor Zhivago*.

Sabiendo de mi ignorancia sobre el rugby, Sagarra me trajo unos libros sobre el tema. Para mi sorpresa, uno de mis maestros, Jean Lacouture, el periodista francés que me abrió los ojos al mundo desde una óptica de izquierda, firma uno de los libros de la variada biblioteca sagarretiana, *Une histoire du rugby*. Lo leeré. Pero la intención de esta crónica es describir un ambiente apasionado que revela un hecho que los medios de comunicación obvian: que en este país gustan muchos deportes a los que no se presta atención.



MATT DUNHAM / AP

El inglés Jonny Wilkinson

Llegamos al pub antes de las ocho y pudimos tomar asiento ante la pantalla de televisión. Fue una noche entre Wilkinsons. A mi lado se sentaron el Wilkinson poeta que los lectores de *La Vanguardia* conocen por sus colaboraciones y el Wilkinson hijo. En la pantalla estaba el Wilkinson que juega con Inglaterra. Los Wilkinson, de origen irlandés, iban con Francia. Sagarra también. Aunque él lo niegue, no podía traicionar su cultura. El Wilkinson inglés iba a lo suyo: silenciar a Francia. Al equipo y a toda la nación.

Durante el partido, educadísima tensión entre francófilos y anglófilos mientras en el campo los jugadores se entregaban al juego con apariencia de batalla campal, sin protestas y apenas lesionados. "Sólo protesta el capitán, y hablándole al árbitro de usted", me documentó Wilkinson júnior. "Y si hay exceso de protesta se penaliza avanzando la pelota veinte metros", amplió Wilkinson sénior. A poco del final, Wilkinson *el Pateador* soltó dos patadones que dieron el triunfo a Inglaterra. "Este tío es la leche", reconoció Sagarra.

A ojos de profano, el rugby emociona con sus despliegues vertiginosos. Ves incrédulo cómo de la melé los jugadores salen sin haber perdido sus cervicales. Admiras la belleza de ballet del salto buscando la pelota. Y te cuesta hacerte a la idea de que esos tipos con pintas patibularias sean incapaces de ser violentos en el juego. "Es diu que el rugby és un esport de brivalls jugat per cavallers, no per l'hàlit burgès que sovint l'ha envoltat, sino per l'imprescindible domini que cal exercir sobre la seva brutaliat exacerbada", escribe Jordi Homs en *Canvi de peu*, novela sobre rugby y decepciones.

La aparición de la imagen de Nicolas Sarkozy fue acogida con una bronca

Fin del partido. Una señora inglesa felicita a Sagarra. Se quita el sombrero ante el gran partido de Francia, le dice. Sagarra se inclina y le besa la mano. ¿Acabará el profesionalismo con el viejo espíritu del rugby?

